



SERMON  
DE S. PEDRO ARBUÉS,

predicado al santo Tribunal de la Fe  
año 1796.

*Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel. III. Reg. 19. 14.*

Me abraso de celo por el Señor Dios de los exércitos, por cuanto abandonaron tu alianza los hijos de Israel.

ILLMO. SEÑOR:

Asi habla el profeta Elías, este ardiente y generoso defensor de los derechos de Dios, en ocasion de andar huyendo de la impía Jezabél, que le

perseguia de muerte por haber quitado él la vida á los falsos profetas de Baal; y las mismas palabras no dudo repetir en nombre de un héroe promotor infatigable de la religion de Jesucristo, sobre quien iban á recaer las iras y el furor de sus enemigos; hablo de S. Pedro de Arbués, este espejo de las virtudes, resplandor de la virginidad, tesoro de la sabiduría, honor de la religion, muro inexpugnable de la fe, azote y martillo de los hereges, mártir de Jesucristo, que consagró los principios de este santo tribunal en España. Bien quisiera yo, señor, abrazar en mi oracion todos estos grandes objetos, dignos ciertamente de esta cátedra, de mi héroe y de tan respetable auditorio. Pero como la materia es tan extensa, me limito por esta vez á haceros presente, primero el celo activo con que sostuvo los intereses de la religion de Jesucristo; segundo el celo generoso con que ofreció su propia sangre por testificar la divinidad de Jesu-



cristo. Dos breves reflexiones que forman su mayor elogio, y van á ser el objeto de vuestras atenciones y de mis endeables conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. *Ave Ma-*

*ria.* *Zelo zelatus sum &c.*

**P**or poco que reflexemos sobre la preciosa vida y muerte de S. Pedro de Arbués, le admiraremos ciertamente como un héroe célebre del celo de la religion. Dios, que con infalible providencia se propuso desde luego dirigir y conservar su iglesia desde Abél justo por todas las edades hasta la consumacion de los siglos, á pesar del poder de las tinieblas, ha producido de tiempo en tiempo aquellos personajes ó instrumentos que, aunque débiles en sí mismos, han sido executores

invencibles de su eleccion divina y sus designios.

Abrid esos libros santos, depósito de las voluntades del Eterno, y hallaréis ilustres testimonios de esta verdad: veréis, digo, á un Moisés, á un Josué y á los Davides formados á la medida del corazon de Dios, triunfar gloriosamente de sus enemigos, postrado por tierra al egipcio, al geteo, al amorréo, al fereceo, al jebuséo, al filistéo; veréis, repito, á los Elías, Eliséos y Bautistas que, aunque vestidos de pieles, hacen temblar á los monarcas sobre el trono, y sostienen con celo la causa de su Dios: veréis, para abreviar, á doce hombres que, aunque pobres, groseros, ignorantes, bárbaros, como los nombra el Crisóstomo, sin armas, sin equipage, sin pactos, sin alianzas, fiados solamente en Jesucristo, cuyo adorable Nombre predicaban, destruyen los templos de las insulsas divinidades del gentilismo, postran los ídolos, der-



riban las aras, hacen enmudecer los oráculos, y enarbolando el estandarte de la Cruz, objeto hasta allí de escándalo para los judíos y de necedad para los gentiles, aunque á costa de su propia sangre, sujetan en breve tiempo á la fe del Crucificado al egipcio misterioso, al cínico arrogante, al griego supersticioso, al indio feroz, al romano altivo, al scita bárbaro, al persa voluptuoso; de una vez, al universo, que sumergido en los mas horrendos crímenes y en las mas espesas tinieblas de idolatría y de ignorancia, fué por su ministerio conducido á la admirable luz de Jesucristo. Asi ha velado siempre este Custodio de Israel sobre el honor de su Padre Celestial, y los intereses de su augusta casa, esta montaña de Sion, montaña de Dios, montaña santa, donde habita el Señor con complacencia, y donde ha fixado sus delicias.

Baxo este mismo plan de economía

se dignó Dios suscitar en el siglo xv. á S. Pedro de Arbués, este nuevo Elias de los últimos siglos, que supo sostener con vigor la causa del Señor contra los potentados de la tierra; este nuevo Gedeon, que supo erigirle altares sobre las ruinas de Baal; este nuevo Esdras en fin, que contribuyó con piadoso celo á que la pureza interior del santuario correspondiese á su exterior magnificencia. Como Dios le destinaba para muro inexpugnable de su religion, le dotó desde luego de aquellos dones que con arreglo á su eleccion divina debian hacerle digno de tan alto ministerio, conforme al pensamienso de S. Bernardo. Profundidad de talento, dulzura de trato, gracia y circunspeccion en las palabras, integridad de costumbres, modesto, casto, religioso, enemigo declarado de la simulacion y la mentira, todo concurría en Arbués para ser agradable á Dios y á los hombres. Sus padres que concibieron desde lue-



go bien fundadas esperanzas de la docilidad de sus inclinaciones y despejo de sus luces, le aplicaron á los estudios, donde brevemente hizo los mas rápidos progresos. La santa teología fue el blanco de sus desvelos literarios. Las sagradas escrituras, los concilios, los padres vinieron bien presto á serle familiares, y adquirió conocimientos tan profundos, que todos los contemporáneos le consultaban como á oráculo sobre los puntos mas árdulos de la religion y de la moral cristiana.

Con el deseo de que fuese útil á la iglesia le alistaron sus padres en el colegio mayor de Bolonia, este gran teatro de ciencia y de virtud en todos tiempos, que tantos héroes ha dado al santuario y tantos varones ilustres al estado. Aquí difundia este hermoso lumínar sus rayos, aquí comunicaba sus brillantes luces, aquí edificaba con sus operaciones, aquí instruía con sus raros exemplos de modestia, de retiro, de oracion, de

silencio, de austeridad, de penitencia: aquí ensayaba su celo por los intereses de Jesucristo. Dolíale mucho ver á este divino Salvador desconocido de unos y despreciado de los mas: ni podia mirar con indiferencia que los enemigos de la religion atraxesen los verdaderos israelitas con engaños á los campos de Moab. Levantaos, Señor, decia con David, levantaos, y juzgad vuestra causa.

Asi pensaba nuestro Arbués mientras la divina Providencia le proporcionaba por instrumento digno de su gloria. Sus méritos sobresalientes y no el espíritu de partido le elevaron á la magistral de Zaragoza. Colocado asi en el santuario, lejos de mirar esta dignidad como escala para otras de mayor gerarquía, la consideró desde luego como un vínculo estrecho, que indisolublemente le ligaba á los intereses de su Dios. ¡Qué asistencia tan puntual á las funciones de su empleo! ¡qué aplicacion tan constante á la re-



gencia de su cátedra! ; qué generoso desinterés en la percepción de sus gruesas rentas! ; qué singular distribución de ellas en el culto de Dios y alivio de sus pobres! ; qué afán por la conversión de los pecadores á verdadera penitencia, y por la reducción de los infieles y hereges al gremio de la santa iglesia! ; qué de oraciones, qué de sacrificios, qué de limosnas, qué de austeridades no consagró Pedro á este propósito! Mas estos son solo ensayos de su ardiente celo por la religion. Todos sabeis, señores, que á fines del siglo xv, época memorable para España, establecieron los reyes católicos, no menos herederos de la sangre y cetro que del celo de Recaredo, este santo tribunal de la Fe, para que inquiriese y concluyese las causas de la religion, sin permitir que en estos vastos dominios se creyera ni enseñara otra fe que la de Jesucristo que nos intima la iglesia romana, centro de la unidad. Pensamiento santo,

decreto saludable, que al paso que promueve la honra de Dios, nos atrae su alta proteccion, y nos hace dignos de la mas sobresaliente gloria en los anales de la prosperidad. En este establecimiento, que tanto han blasfemado los enemigos de Jesucristo y los políticos artificiosos, que solo se conducen por las miras humanas, fue señalado nuestro Arbués como uno de los primeros inquisidores del reino de Aragon. Hé aqui á nuestro héroe puesto por Dios, que manda el corazon de los reyes, en la ocasion de satisfacer su ardiente celo por los intereses de su casa.

¿Que no tenga yo la elocuencia de un Crisóstomo para representar al vivo el corazon de este nuevo apóstol y los esfuerzos de su celo? ; Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo, que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al



socorro de los pobres, al alivio de los enfermos, á disputar con los hereges, y á confundir á los judíos? Esta generacion pérfida, manchada con un horrendo deicidio, se habia multiplicado tanto en estos días, que cundiendo á manera de cáncer infestaba ya una gran parte de la península; pues en solo el arzobispado de Sevilla, por donde se empezó la Inquisicion de estos reinos, se condenaron, segun algunos, mas de cien mil personas por hereges judaizantes, contándose á proporcion en los demas reinos y provincias; objeto lúgubre para Pedro de Arbués, que devoraba en sus deseos la conversion de todos ellos. ¡Qué de ardidés por ganarlos! ¡qué de disputas secretas, qué de conferencias públicas, qué de amonestaciones paternales, qué de reprehensiones severas no empleaba antes que el rigor de las leyes! La gracia de Jesucristo, que animaba su celo, le instruía en la fortaleza y suavidad de que deben estar dotados los

jueces, para asemejarse á Dios, en cuyo nombre exercen la autoridad.

¿Mas quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su celo y su constancia? ¿Cuántas veces no pusieron los judíos asechanzas á su preciosa vida? ¿Qué de obstáculos no se presentaban diariamente á su celo, ya de parte de los enemigos de la religion, ya de algunos políticos, grandes y publicistas, que adoptando incautamente las máximas de aquellos baxo pretextos capciosos y razones especiosas de estado, pretendian impedir por todos medios el exercicio de este santo tribunal, dexando la puerta abierta baxo el velo de la libertad de la patria y bien de la monarquía, al judaismo, al error, al libertinage, á la mentira, como si hubiera algun bien comparable al honor de Dios, á la pureza de su culto, á la integridad de su fe, á la observancia de su ley santa; ó como si todos los bienes y tesoros del mundo no debieran sacrificarse á la gloria de Je-



sucristo y bien de nuestros hermanos?

Pero nada fue capaz de impedir su vigilancia y celo por la religion. Ni la hambre, ni la sed, ni la tribulacion, ni los oprobrios, ni las persecuciones, ni la ingratitude, ni las asechanzas de sus enemigos, ni los esfuerzos de los poderosos pudieron apagar, ni aun disminuir ó resfriar la ardiente caridad que inflamaba su celo. ¡Qué hermosos, ¡ó Dios mio! fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes celestiales! ¡Qué de preciosos frutos no produjo en el ameno campo de vuestra iglesia! No digas ya, esposa del Cordero, no digas ya que estas desierta: dexa esos vestidos de viudez y de luto: adórnate con los de gala y alegría á vista de este hijo que añade tantas conquistas á tu gloria, tantos trofeos al honor de tu Esposo. Pedro habla, y todo parece mudar de semblante en el reino de Aragon. La injusticia, la impureza, la irre-

ligion, la usura, la mala fe, la heregia, todo enmudece á presencia de Arbués.

II. Asi trabajaba nuestro héroe mientras el Señor le proporcionaba para manifestar al mundo cristiano que no era su celo menos constante en muerte que habia sido officioso en vida. Renovad aqui vuestra atencion: Dios quiere ser glorificado en sus obras. Atendido el plan de economía que Dios se ha dignado revelar á su iglesia, parece que S. Pedro de Arbués debia ser víctima de su celo para solidéz de este santo tribunal de España. En efecto, si Jesucristo nuestro adorable Salvador es la piedra angular de la iglesia, este primer edificio de su honor, ¿no fue conveniente la regase con su preciosa sangre para que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella? ¿No fue necesario, segun la sentencia de S. Pablo, sellar este divino testamento con la muerte del Testador? ¿No fue asi-



mismo conveniente que los apóstoles y discípulos testificasen con su sangre la divinidad del Crucificado, en calidad de piedras subalternas del santuario, para que apoyadas y sostenidas sobre la piedra fundamental, que es Jesucristo, hiciesen eterno el edificio? ¿Por qué, os ruego, no nos será permitido trasladar con las debidas proporciones estas mismas ideas á S. Pedro de Arbués en órden á la Inquisicion de España? Convenia en efecto que uno de sus primeros y mas distinguidos miembros fuese víctima de su ministerio para exemplo, consuelo, defensa, escudo y muro inexpugnable de los demas. Asi lo acreditó el efecto.

A pesar de la dulzura de Arbués y de sus entrañas de amor para con todos, los judíos siempre tenaces y protervos contra el Salvador, cuya gloria y divinidad él sostenia, hicieron para perderle diferentes conciliábulos. ¿Qué hacemos, decian, á imi-

tacion de sus padres, hablando de Jesucristo, qué hacemos con este hombre maravilloso? Todo el mundo le aplaude, todos le siguen con descrédito de la sinagoga. El judaismo va á caer por tierra, y vamos á ser arrojados de un reino que siempre hemos mirado como fondo principal de nuestro comercio y manantial de nuestras riquezas. Conviene ante todas cosas quitar la vida á Pedro de Arbués, y que trabajemos por envolver en su ruina á los demas ministros de este tribunal que nos persigue, solicitando su extincion por medio de los poderosos, de los intereses y razones de estado. Tal era el espíritu y el errado escrutinio de estos conciliábulos de malignidad. No ignoraba Pedro que los enemigos de Jesucristo conspiraban contra su vida; ni se le ocultaba el permiso que tenia del mismo Salvador para huir á otro lugar donde no le persiguiesen. Mas considera que su Maestro y Redentor, lejos de huir,



en semejantes circunstancias salió al encuentro á los que le buscaban. Nada mas dulce para este corazon inflamado de celo, que la idea de morir por Jesucristo. Devora en sus deseos la corona del martirio, y nada apetece con mas ánsia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Frecuenta el santuario, la oracion, las penitencias, los trabajos de su apostólico ministerio; pues nada es capaz de satisfacer el ardor de su celo.

Los judíos por su parte solo buscaban ocasion de executar sus malvados designios; y una noche quando el clero de la santa iglesia cantaba los maytines entró el Santo en el templo á orar segun su costumbre; y al decir aquellas palabras: *Quadráginta annis proximus fui generationi huic...* por espacio de cuarenta años estuve cerca de esta generacion pérfida, que siempre yerra de corazon; le rodearon los conjurados y le dieron muchos golpes

mortales, sin que se oyese otra expresion en sus labios, que loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe.

¿Qué hombre ó qué profeta, por justo que haya sido, llevó jamas tan lejos el amor, el celo, la dulzura? Job en el exceso de su dolor maldixo el dia de su nacimiento, y respondió con imprecaciones á los ultrajes de sus amigos. Zacarías oprimido mortalmente baxo un promontorio de piedras pide que Dios sea el testigo y el vengador de su muerte. David, el mas dulce de los hombres, estando para morir, mandó castigar con muerte sangrienta los atentados de Joab y los ultrajes de Semei. Jeremías, viendo que los judíos pedian con tanta instancia su muerte, los llenó de imprecaciones, y acabó su vida por estas terribles palabras: Señor, no les perdoneis su iniquidad, ni falte para jamas su pecado delante de sus ojos. Pero, ¡ó qué distinto language el de



Pedro de Arbués! Loado sea Jesucristo, perdonadlos, Señor. Convenia ¡ó mi Dios! que el proto mártir de la Inquisicion de España imitase en vida y muerte el celo, la caridad, el amor y la dulzura de Jesucristo su Maestro soberano y del primer mártir de la iglesia universal S. Estéban.

Hé aqui, Illmo. Señor, un breve rasgo de la preciosa vida y muerte de este célebre mártir de la religion: hé aqui un hombre de Dios, á quien devoró el celo de su casa, y sobre quien recayó el furor de los enemigos de su gloria; hé aqui un héroe que con las armas de la fe triunfó del mundo y de las obras de tinieblas: hé aqui un hombre extraordinario, dotado por Dios de un celo activo, inflamado por la caridad, informado por la sabiduría, regido por la prudencia, confirmado por la constancia; digno ciertamente de las aclamaciones de los pueblos, de la veneracion de la iglesia, de la devocion de este santo tribunal, y de que todos

le imitemos en celar con fortaleza y suavidad la causa de Dios, cuyo adorable Nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

DE S. ANTONIO PARRAND.

Predicacion en Granada á las  
Comunidades.

Quisiera haber nacido en el siglo  
de los Apóstoles para poder  
ver el mundo que se convertía.

¡Qué diferencia, gravísima diferen-  
cia, que diferencia tan notable entre  
la conducta de los hijos de Dios y  
la de los del siglo! ¡Abandonados es-  
tos á un estado torpido, con sus  
sus delicias en la vida vanidad de  
las cosas terrenas; como si no hu-  
yera mas gozo que el mundano, ca-  
daco por el mismo. Pero el activo  
y prudente, guiado por la luz